

Para mí la esperanza está perdida;
Nada me importa mi futura suerte,
Ni tiene objeto para mí la vida,
Que el corazón se anticipó la muerte.

A nade importa mi dolor eterno,
Y vago triste, descreído, aislado,
Como vaga en los antros del infierno,
El ¡ ay! desgarrador del condenado.

Mis horas de sufrir son infinitas,
Horas que el alma de ponzoña llenan,
Horas de mi expiación, horas malditas,
Que en el reloj de los infiernos suenan.

¡Ilusiones! ¡Amor! fué necesario
Que os marcháseis al fin, pero no os siento;
¡Lentejuelas pegadas al sudario!
¡Pedazos de oropel que barre el viento!

Ya sin amor, y con la fé extinguida,
Me burlo de las iras de mi suerte;
¡Qué carnaval tan necio el de la vida!
¡Qué consuelo tan dulce el de la muerte.

XIX.

PRIETO (GUILLERMO.)

COPLAS SENTIDAS.

Blando rumor de consuelo
Que á hechizar el alma llega,
Cuando sin rumbo navega
Bajo tormentoso cielo.

De jazmin dulce perfume
Que atraviesa la prision *
En que herido el corazón,
De tormento se consume.

Claro destello de aurora
Que piadoso el cielo envía,
Al que por la luz ansía,
Y en honda tiniebla llora

Cielo azul que en lontananza
Nuestras miradas alienta,
Porque es nada la tormenta
Si luce al fin la esperanza.

Dime, encanto seductor,
Que el alma y la mente inflamas,
Dime: di,—¿cómo te llamas?
—¿Cómo me llaman?—Amor.

Hánme dicho que en la cuna
Vierte su divino halago,
Como sobre manso lago
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud
Sus alas despliega al viento,
Y es embriagador su acento,
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño
Nos presenta á la beldad,
Huyendo á la realidad,
En los vergeles del sueño.

Dicen que genio se llama
Para el que pulsa la lira,
Y tiernos cantos inspira,
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria
Su ala ardiente toque al hombre;
Le abraza en sed de renombre
Y entónces se llama gloria.

Y que el alma conmovida
No distingue en su fervor,
A eso que llaman amor,
De lo que llamamos vida.

Que no tenga el campo flor,
Ni raudal puro la fuente,
Ni el cielo sol refulgente,
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mio!
Es rambla de triste arena . . .
Es una dura cadena
Clavada al sepulcro frio.

Es sentirse el hombre muerto
Y hallar en su corazón
Las ruinas de un panteon
Regadas en un desierto . . .

Es palpar la realidad
De que en el mundo traidor
Todo es farsa y vanidad,
Y solo es cierto el dolor.

Caminante fatigado . . .
Cuán feliz será tu suerte
Si te sorprende la muerte,
Sofiendo que eres amado.

XX.

RAMIREZ (IGNACIO.) «EL NIGROMANTE.»*

A EZEQUIEL MONTES.

(Enviándole un libro de Fr. Luis de Leon.)

Dulce amigo, recibe con agrado
La obra de un fraile que pasó su vida
De lo noble y lo bello apasionado.

La fama le siguió por la escondida
Senda del huerto donde su alma pura
Los palacios de jaspe y de oro olvida.

* Un amigo nuestro nos ha facilitado expresamente para nuestro Almanaque, los siguientes bellísimos tercetos inéditos que fueron probablemente los últimos que escribió este grande hombre mexicano y que fueron dirigidos al notable juriconsulto D. Ezequiel Montes (que acaba también de morir), el día de su cumpleaños, enviándole un libro de Fr. Luis de Leon.

Del órgano las voces resonaron
En la nave y la oscura galería,
Y, llena de dolor el alma mía,
De los ojos mis lágrimas rodaron.

No es esta, dije, la virtud que ansío.
La virtud es alegre, sin recelo,
Y aquí se siente desencanto y frío.

Dadme risas de niño, amor sin celo,
Alma que cante libre en su albedrío,
Y formaré dentro mi hogar un cielo!

XXII.

ROA BARCENA (JOSÉ MARÍA.)

FUNDACION DE MEXICO.

A mi amigo el Señor Don Angel Núñez.

I.

Después que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacalco plugo.

Hácia el Norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que la resguarda,
Posaba un águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave,
Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimientto.

En insólita alegría
Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decía:

II.

CORO.

Cumplióse del Númen
La oferta sagrada,
Y á nuestra jornada
Aquí damos fin.

Delicias melancólicas apura
A la sombra del árbol rumoroso,
En el prado vestido de verdura,
Al lado del arroyo tortuoso,
De cuyas ondas y guirnalda el viento
Sale jugando fresco y oloroso.

Allí le place modular su acento
Pulsando diestro la amorosa lira,
Confidente de penas y contento.

Allí la magestad del cielo admira;
Y á descubrir la misteriosa huella
De la clara legion osado aspira.

Olvida luego amor, huerto y estrella;
A la patria dirige una mirada
Donde pesar, indignacion destella.

Róbale al godo forzador su espada
La traicion; y al dejar el torpe lecho
Descubre á su nacion encadenada.

Esto Leon cantaba. Pero estrecho
Era el Parnaso para tanta idéa
Que amamantaba en su robusto pecho.
La docta antigüedad griega y hebréa
Le enseña los secretos de su idioma
Y en pró de su país, él los empléa.

Vuelo de águila, arrullo de paloma,
Un crimen son en quien el mundo pisa
Despedazando entre Madrid y Roma.
Tu inocencia en prision solo divisa
Del Santo Oficio con la luz humosa
De Felipe segundo la sonrisa.

Y, no te amedrentáste! Y tu gloriosa
Mision seguiste como vate y sabio.
Añadir á tu frente esplendorosa
La corona de mártir no fué agravio.
De Sócrates la copa envenenada
Una gota guardó para tu labio.

Las almas fuertes celebrar me agrada
Hoy que mi excelsa patria se derrumba
Al peso de una turba degradada.

Escápese su elogio de mi tumba,
Dando á los viles incesante susto.
Como un baldon en sus oídos zumba
El nombre de un varon constante y justo.

Abril 10 de 1878.

XXI.

RINCON (MANUEL E.)

EL CIELO EN LA TIERRA.

Busqué paz y virtud, y me enseñaron
Austero claustro y soledad sombría,
Y ni dicha, ni amores, ni alegría,
Mis sorprendidos oíos encontraron.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE.

Se erija á Mexitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ.

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondrémos al fin.

CORO.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

III.

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabafias
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mista
Que á la colonia conquistada
De libre nacion los fueros.

Después, en odio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina de este hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

XXIII.

RODRIGUEZ RIVERA (RAMON.)

ODA AL TRABAJO,

(leída por su autor en la Exposicion Veracruzana.)

Noche, luctuosa noche era el espacio,
Y oscuridad y sombras y tinieblas
Vagaban en redor del pensamiento.
Un inmenso hormiguero se agitaba
Sin rumbo ni destino, tropezando
En la selva oscurísima del mundo.
De cuando en cuando en horizonte negro
Una chispa brillaba un solo instante
Y al perderse en el caos imprimía
Un recuerdo de luz en la memoria
Y un rayo de esperanza en la conciencia.
Lentas las aguas, silenciosas, mudas,
Se encharcaban fangosas en las cuencas,
Y apenas si la vida palpitaba
Germinal en la linfa de su seno
Y sin fuego la audáz naturaleza
Invadir parecía, hiedra insaciable,
El ruinoso edificio en que dormía
Sin luz y aprisionado el pensamiento.
Niña la humanidad, á la ventura
Iba regando su bendita fuerza
Sin recoger como el maná celeste
De la cosecha el abundante fruto.
Con temor y trabajo balbutía
Como intuición de un porvenir lejano
Voces desconocidas y rumores
Que resonaban levantando un eco
En corazones, valles y montañas.
Era en aquellos tiempos de ignorancia
La libertad un mito, y el derecho,
La opresion y el dominio del más fuerte.
El alma aletargada no rompía
Su crisálida cárcel tenebrosa,
Para tender sus alas al espacio
En busca de la luz y de la vida.
El redentor trabajo, dicha y gloria
Con que el hombre elabora su destino,
Eran pena y castigo que infamaban
Al obrero incansable del futuro,
Y el llanto y el sudor con que fecunda
Se hace á la tierra del erial desierto,
De esclavitud el látigo infamante;
Fruto de maldicion, su fruto santo.
Y solo interrumpía el pavoroso

Silencio de esa noche de mil siglos,
El gemido tristísimo del hombre,
El pensamiento, la razon, la idéa:
El vocablo igualdad era un insulto,
Un crimen contra el fuero de los grandes
Y en el conjunto del lenguaje humano
La palabra PROGRESO aún no nacía.
Marasmo y abyeccion, honda tristeza
Y division de castas y de razas,
Y la justicia, odioso privilegio,
Minaban sin cesar el edificio
De sociedad añeja y carcomida.
De la Grecia socrática y severa
Se habian olvidado los fulgores,
Y el mundo se arrastraba envilecido
Besando el pié del opresor tirano.
La hidra aterrodora del pasado
Se retorcia, señora de los mundos.
Devorando los siglos que llegaban
Y destilando su letal veneno
En la frente, en el labio y la conciencia.
Flotaron en la atmósfera invisibles
Espíritus del mal que combatieron
A la naciente luz, y las idéas
En la hoguera tornábanse en ceniza.
¿Dónde estabas, ¡oh Dios! que así arrastraron
Tu nombre y tu poder, en dónde estabas?

**

Al fin sonara en el reloj del tiempo
La hora de redencion, hora bendita,
Y el espacio, llenó con sus latidos,
Haciendo estremecer valle y montaña
La humanidad, sufrida Promotéo,
El hierro al fin rompió de sus cadenas
Y saludó, con gritos de alegría
El ténue resplandor de la mañana
La nueva aurora iluminando el cielo
Bañó de tibia claridad el orbe
Y se agitó la ciega muchedumbre
Despertando á la vida de la idéa
De libertad, y de igualdad las voces
En el lábio del mártir Galileo
Fueron una esperanza de ventura
Que el pecho dilató con su promesa.
La humanidad, enjambre laborioso,
Construyó la colmena para templo
Donde al trabajo se rindiera culto,
Culto y adoracion y reverencia,
Y al zumbir fué su alegre vocerío
Armonia celestial, himno alabanza
Al Dios del porvenir, advenimiento
De la luz á la ergástula del mundo.

**

Yo te saludo ¡oh sol de nuestro siglo!
Sol de la libertad del pensamiento
Que al calor de tu lumbre fecundizas
El trabajo del hombre y de la tierra,
Yo te saludo ¡oh sol! Des que llegaste
Madre naturaleza resucita,
Y una fuerza gigante por sus venas
En rios circula de abundante sávia.
A tu sola presencia se transforma
Cuanto tu fuego productor anima,
Desde la cima del volcan al antro
Valle, y colina, y monte y mar y río.

Surca el arado la llanura estéril
Y de su seno brotan los cañales
Que al filo de la hoz doblan humildes
Sus atrevidos y sonantes cuellos.
Tritura sin piedad el grano duro
Rueda inflexible, dócil á las aguas
Que incansantes la mueven sobre el eje
Donde gira sin tregua ni descanso.
Como legion de espíritus vivientes,
Mensajero del hombre, escala el cielo
El humo que abandona en la ceniza,
Rescoldo de la lumbre y las idéas.
En el regazo de montañas verdes
Un tiempo selva enmarañada, inculta,
Se tiende la ciudad con sus palacios,
Sus fábricas, sus torres, y sus muros,
Erizada de enhiestas chimeneas,
Respiraderos de su ardiente vida;
Cruza á sus piés el murmurante arroyo
Cuyas orillas bordan las praderas
El labrador, la yunta y las cabafias;
Y con ruido de fiesta forja el hierro
Adherido á la entraña de la roca
El obrero incansable, y tronco añoso
Convierte en escultórica figura
Mezclándose al alegre vocerío
Del vapor los silvidos penetrantes.

**

Espíritu gigante! esa es tu obra,
Y obra tuya también esta imponente
Catedral levantada para el culto
Del trabajo, profeta del progreso.
Más ay! para cantar á tu grandeza
Es muy pobre el language de los hombres,
Y se ahoga temblando en mi gaganta
Impotente la voz—Rómpete lira!

XXIV.

SIERRA (JUSTO).

FRANCIA.

A LA MEMORIA DE M. THIERS.

**

Hay, Francia, en tí, la dualidad suprema
Del alma y la materia; cuando arrojas
Al porvenir sacrilego anatema
Y rechazas la luz del día futuro
Eres entonces la materia; impuro,
Francia del mal, tu hábito; un espectro
Efímero es tu gloria;
El soldado, el levita, el incendiario
Tus misioneros son, y es un sudario
Tu cielo y un patíbulo tu historia.

De toda gran idéa
Profanadora trágica, es en vano
Que con la voz de libertad te escudes:
Nadie cual tú conoce el soberano
Secreto de encarnar en un tirano